

presentar la reedición de Hombres de nuestra tierra, el disco con mi amigo Juan Capagorry. El reencuentro con Capita fue una de las emociones de mi retorno. Y también hicimos nuestro «A dos voces», Mario, en 1985, en el Cine 18 de Julio, por primera vez en Uruguay. Me acuerdo que estaba tu mujer, Luz López, y tu hermano Raúl y su compañera Elena Arregui (Tona). Como yo no tenía todavía un representante artístico, emprendieron esa tarea Sergio y Daniela Caplán, amigos jóvenes, y todo salió muy bien en las cuatro funciones. Y siguieron muchos recitales míos, en mi trabajo habitual de solista, que he mantenido en la mayoría de los casos, a veces con acompañamientos puntuales de algunos muy buenos instrumentistas. Desde esa época voy trabajando siempre con una mezcla: el repertorio de mis comienzos, el del exilio y, poco a poco, voy sumando nuevas canciones. En realidad nunca dejé canciones mías fuera de circulación, siempre las asumí y lo que sí hago, en algunos casos, es contextualizarlas, reubicarlas en el tiempo histórico en el que surgieron. Incluso hay algunas que toman un sentido nuevo con el paso del tiempo. Eso sí, hay canciones que el público no me perdona si no las canto. Es el caso de las infaltables «A desalambrar» y «El Chueco Maciel». Pero no me niego a cantarlas, insisto en equilibrar ese reclamo con mi búsqueda de que mis nuevas composiciones sean oídas y poco a poco integradas a las otras. Es un desafío que me mantiene despierto. De pronto he tenido sorpresas como que me pidan, en fechas muy cercanas a mi regreso al país, «Canción bicéfala», o tiempo después «Esdrújulo», y eso es lindo, se sale de lo previsible, te «desalambra», digamos, el repertorio. En 1992 presenté justamente mi disco «Esdrújulo» en el Teatro Solís, que todavía no había sido renovado, con la participación de algunos de los músicos que intervinieron en aquel fonograma: Mariana Ingold, Carlos da Silveira, Jorge Trasante, Pablo Sonima y Osvaldo Fattoruso. Y también en toda esa etapa actuó en El Galpón, hice repetidos cielos en esa otra importante tribuna de la música popular uruguaya que es la Sala Zitarrosa. Además de los músicos mencionados, en otras ocasiones he sido acompañado por Gustavo Etchenique, Edu «Pitufo» Lombardo, Ana Apotheloz y Gregorio Bregstein.

– *También continuaste con tus actividades solidarias...*

– Sí, desde que volví al Uruguay y a lo largo de estos años sigo alternando, como siempre, lo profesional y lo solidario. En el 88 tuve una experiencia muy fuerte en el cantegril donde había vivido el Chueco Maciel. Yo había estado ahí en el pasado, al poco tiempo del asesinato del Chueco. Y de nuevo en el país volví allí y tuve la posibilidad de conocer al Padre Cacho, ese infatigable trabajador de conciencias, que tanto hizo, hasta el fin, por trabajar contra la miseria de la gente del cantegril. En ese espíritu, con un grupo de vecinos que organizaron todo, con el apoyo del valioso y valiente programa radial Testimonios, que creó en Uruguay Graciela Salsamendi, se levantó un pequeño escenario para un recital mío al aire libre, con el objetivo de recaudar fondos para construir una guardería infantil en el barrio. Estuvo presente Doña Santa Maciel, la madre del Chueco, y el recuerdo de aquel muchacho reunió alguna gente del barrio, la más concientizada, por la realidad misma o por el ejemplo de seres como el Padre Cacho. Muchos jóvenes vinieron desde el otro Montevideo, a cruzar barriales y conocer un poco el lugar de aquel Chueco que supo tener gestos solidarios, ahí en esa zona adonde los políticos de los partidos tradicionales sólo iban a conseguir votos tiempo antes de cada elección. Ésa fue una de las tantas actividades solidarias de esa etapa, donde seguí, por ejemplo, apoyando con mi canto a algunos comités de base, y actos estudiantiles o sindicales. Y por supuesto continué siempre mi trabajo cantando para los movimientos de Derechos Humanos.

– *En tu regreso, también vas a retomar tu trabajo discográfico, comenzando por los recitales del retorno...*

– Sí, yo reabrí mi producción discográfica en Uruguay grabando un disco en vivo con los conciertos del Estadio Franzini, aquellos del regreso. Es el disco que aquí en Uruguay se llamó «Por ellos canto» que contiene canciones que yo compuse en el exilio, y que en realidad no grabé hasta que pude cantarlas en el sur.

– *Y esas canciones hasta entonces inéditas, ¿tenían algún vínculo entre ellas, algún vaso comunicante?*

– No necesariamente, salvo que habían sido escritas en el exilio. Con la excepción de «No tan gotán», hecha antes en el Uruguay, como también «Soledad Barrett», que terminé ya fuera del país. Bueno, sí, pensando bien, en realidad hay algunos conteni-

dos afines. Por ejemplo, cuando canto a tres países diferentes de América Latina: Paraguay, a través de la figura de Soledad; Nicaragua, en mi contacto directo con aquella realidad nacida de Sandino, y El Salvador, país que no conocía y para el que compuse mi canción evocando a su poeta Roque Dalton. Algunas otras en ese disco me parecen entre autobiográficas y reflexivas como «Por ellos canto, Identidad» y «Canción nueva». Y como elemento diferente, unas primeras cosas a partir de imaginar juegos del cuerpo y del alma, que serían «La mano impar» y «Canción bicéfala», por ejemplo. Otra composición que podría agruparse con mis viejas canciones, entre las no escritas para niños pero muy oídas por ellos, sería «Las hormiguitas», como antes «Gurisito» y Negrita Martina. Te cuento que «Las hormiguitas» la comencé a escribir en gira por Viena, cerca del río Danubio, por eso recurro al humor en la cita inicial del vals *El Danubio Azul*, de Johann Strauss... Ese disco sale en Francia con el título *Trabajo de hormiga* traducido: *Travail de fourmi*.

– ¿Y después de los discos grabados en vivo entraste de nuevo a un estudio a grabar *Esdrújulo*?

– Sí, Mario, pero antes, no olvidemos nuestros discos *A dos voces*, en que recurrimos a grabaciones en vivo hechas en recitales nuestros en Montevideo y en Buenos Aires. Bueno, si nos ponemos a recordar todas las veces que hemos hecho nuestro dúo... sería contarte cosas que ya sabés...

– Bueno... volvamos a *Esdrújulo*.

– En 1992 me había decidido a grabar en estudio, lo que terminó siendo el disco *Esdrújulo*. Algunos de los arreglos fueron hechos por el invalorable compositor y musicólogo Coriún Aharonián, verdadera dínamo cultural. También con la participación en el disco de los músicos con quienes lo presenté en el Solís y otros varios. En *Esdrújulo* hay dos vertientes, trece canciones nuevas, desde «Prólogo», que abre el disco, hasta «Epílogo» que lo cierra, pasando entre otras por la que da nombre al fonograma. Y hay dos trabajos que vienen de antes: «Aire de estilo», un solo de guitarra dedicado a Yupanqui, y «Canción para armar», que compuse en 1973, tras ver, en el cumpleaños de Miguel Barton, recién salido de prisión, dibujos hechos adentro por otro compañero suyo de cárcel, y que resultó ser el artista plástico Ernesto Vila. Hay otra composición mía, *La canción de Trilce*, en la que